

Rafael Reig

PARA MORIR IGUALES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2018

© Rafael Reig, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-519-0
Depósito legal: B. 4.783-2018
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

1. Crisantemos para Paco	13
2. Una rosa amarilla	79
3. Corriente de resaca	139
4. Escándalo en el Vaticano	205
5. Un brillante porvenir	259
6. El arte de la elipsis	301

Crisantemos para Paco¹

Olvídate de todo menos de mí.

José Alfredo Jiménez

Otros decidieron no entrar a verle, dijeron que preferían recordarle con vida. Aunque entonces pensé que estaban asustados, ahora soy yo el que tiene miedo: lo único que sigo viendo es el espantoso cadáver de Paco Ponzano con la boca todavía medio abierta.

Lo habían puesto sobre una mesa del comedor, cubierta con un mantel blanco, y había una vela encendida a cada lado de su cabeza y de sus pies. Estaba envuelto en una sábana menos blanca que el mantel, y metido en la caja. Parecía más pequeño, pero sus pies sobresalían y habían aumentado de tamaño, como si hubiera necesitado recorrer largas distancias para venir a morir solo, a los doce años, en el dispensario del colegio. Tenía atado a la cabeza un pañuelo que le sujetaba la mandíbula, las manos cruzadas sobre el pecho, con un crucifijo, y la cara amarillenta y cubierta de manchas rojas. En la barriga le habían colocado un plato con sal y unas tijeras abiertas, para que no se hinchara y reventara allí mismo. Los ojos estaban cerrados, pero la boca, a pesar del pañuelo, seguía abierta, intentando decirnos algo.

Debajo de la mesa vi un zapato de mujer, casi sin tacón, que estaba en el suelo, de medio lado, con la parte cóncava hacia mí.

Salí de allí molesto, muy enfadado con Ponzano y decidido a no escuchar nunca lo que se empeñaba en hacernos saber, incluso después de muerto.

Habíamos tenido que ponernos los jerséis de pico, casi todos apollillados y con coderas; y las camisas blancas, en las que las puntas del cuello se doblaban hacia arriba. Íbamos peinados al agua con raya a un lado, y los zapatos estaban relucientes, aunque tuvieran agujeros en las suelas.

La familia no había querido unirse al cortejo y nos esperaba en el cementerio. Nos formaron en el patio, hasta que apareció la caja, que ya tenía la tapa puesta, llevada a hombros por Nicolás, el portero, y por su amigo Germán, el sereno. Detrás venía el páter Felipe con capa pluvial negra y esa sonrisa radiante y fúnebre que reservaba para las grandes ocasiones. El páter sonreía en todas las circunstancias y contaba con un repertorio inagotable, que abarcaba desde la sonrisa nupcial a la punitiva, todas bastante forzadas y siempre amenazadoras.

Se abrió la puerta y a la solemnidad de la ocasión se sumó el entusiasmo de aquella salida inesperada hacia un lugar desconocido. La comitiva, con media docena de monjas y veinte niños aturdidos, avanzaba a paso lento, ante el asombro de los españoles de a pie, que todavía no eran las personas atractivas que han llegado a ser, pero llevaban tanto camino andado, que nosotros debíamos de parecerles traídos del rodaje en blanco y negro de algún documental de la segunda cadena. A nuestro paso había quien se santiguaba, quien se quitaba la gorra o el sombrero, quien contemplaba absorto, parado en medio de la calle, como si acabara de acordarse de algo grave y urgente, una sartén puesta al fuego, un grifo abierto o el resultado de un análisis. Nosotros mirábamos con avidez las aceras, los portales, los escaparates y hasta los semáforos; solo salíamos del internado

los domingos, vigilados por las monjas, y nunca más allá del parque que había a la vuelta de la esquina, que se llamaba parque de La Cadena, aunque no había ninguna a la vista, solo castaños de indias y acacias, una pequeña colina para jugar a hazañas bélicas, un aguaducho donde se bebían refrescos, gaseosas y botellines, y un kiosco de prensa, atendido por un sujeto antipático, con mitones y un gorro de lana, al que llamaban don Paquito.

Cuanto entrábamos al cementerio, en el último momento, apareció Arturo Pardeza, con una americana prestada por alguien a quien los brazos debían de llegarle por debajo de las rodillas, y con un brazalete de luto añadido sobre la marcha por su agitada imaginación.

Pardeza ya se había ido, era mayor que nosotros, pero seguía viniendo de visita casi todos los domingos.

—¡Señor Pardeza, vergüenza debería darle! —oí murmurar a sor Pilar, mientras intentaba esconderle entre nosotros, donde menos llamara la atención.

Pusieron la caja en el suelo y volvieron a abrir la tapa. El enterrador venía acompañado de dos albañiles con mono azul. Cubrió a Ponzano con un paño y, con una paleta, echó por encima cal viva de una esportilla que llevaba en la otra mano. Después volvieron a poner la tapa y la cerraron con una llave muy pequeña que le entregaron a la voluminosa sor Pilar. Los albañiles bajaron la caja con cuerdas hasta el fondo de la fosa y Sorpi, como la llamábamos siempre, lanzó un puñado de tierra que sonó sobre la madera de pino a lluvia repentina y violenta. Sor Auxi había traído una brazada de flores blancas y amarillas. Luego supe que eran crisantemos. Nos dieron una a cada uno.

—Las flores favoritas de Francisco —dijo Sorpi, y nos quedamos muy intrigados, porque no era verosímil que Ponzano tuviera una flor favorita, fuera la que fuera.

Y de ser cierto, ¿cómo podía saberlo Sorpi?

Fuimos desfilando para arrojar nuestra flor a la tumba y muchos añadían algo más: una vitola de puro, un cromo difícil, que no fuera de Pirri o de Amancio, sino de Netzer o Rubiñán, que no salían nunca, una canica, un caramelo o lo que yo traía, la chapa roja de Cinzano que le había quitado cuando se puso enfermo. Eran las mejores para hacer redondilla. Pardeza sacó de un bolsillo un pequeño ramo atado con un cordel, hecho de flores de cuneta o de esas que crecen en la grieta de un muro: prímulas, frailecillos, anémonas, guantes de lobo, narcisos o aguileñas. Seguro que alguna de ellas sería venenosa. Alzó un poco el ramo con las dos manos, por encima de su cabeza, como si estuviera consagrando en el altar o haciendo un brindis en una boda, y lo lanzó contra la caja, antes de que pudiera intervenir Sorpi, que se acercaba hacia él con la mano abierta para atizarle un bofetón. Todo lo que se le ocurría a Pardeza era merecedor de un buen sopapo: no tenía remedio.

Y entonces fue cuando la vi por primera vez de cerca, una aparición al borde de la tumba, con mirada de animal acorralado, a punto de saltar sobre cualquiera de nosotros o a la fosa de cabeza. Era esa hermana, Mercedes, de la que Ponzano nos había hablado tantas veces que ya no le creíamos cuando nos la señalaba en la capilla. Pero existía, y aunque Ponzano no la había visitado nunca, había estado todos estos años a cien metros de nosotros, en el internado femenino. Llevaba un pichi a cuadros y un abrigo gris, dado la vuelta y muy rozado por los puños y en el cuello; una prenda tan parecida a las nuestras que me hizo desconfiar y sentirme incómodo. Detrás, un poco apartados, bajo la vigilancia de sor Alegría y sor Águeda, estaban los abuelos de Ponzano, también con cara de po-

cos amigos. Vivían en un pueblo de la montaña y quizá todavía en otro siglo. El abuelo llevaba una boina y un garrote de madera; y la abuela, un pañuelo a la cabeza. Los dos tenían manos grandes, de un tamaño poco frecuente ya en zonas urbanas.

Tiré la flor dorada y la chapa de Cinzano sobre la caja, cubierta de crisantemos, y volví a mi sitio, al lado de Jesús Escurín, que se llamaba en realidad Jesús María, aunque le diera un poco de vergüenza utilizar ese nombre de mujer. Pensé que Paco Ponzano, como los faraones del antiguo Egipto, ya estaba listo para trasladarse a la eternidad en compañía de sus fabulosos tesoros y riquezas. Los albañiles comenzaron a echar paletadas de tierra. Una vez cubierto, tabicaron con ladrillo y extendieron una capa de yeso. El enterrador, con un pincel y un bote de pintura, escribió despacio, dibujando cada letra, el nombre y dos fechas:

FRANCISCO PONZANO ILLESCAS
1963-1975

Dejó la herramienta en el suelo y se limpió las manos en la culera del pantalón para presentar sus respetos a los deudos. Primero le dio la mano a Sorpi, que le dirigió hacia los abuelos.

Allí estaban, con cara de vinagre y la cabeza muy alta, como si los demás tuviéramos la culpa, y extendían sin decir palabra esas manos enormes, nudosas como tocones de árbol. Sor Alegría, que era la monja más triste y cariacontecida del mundo, los miraba con desconfianza; sor Águeda, con una hostilidad que no se molestaba en disimular.

Aquel fue uno de los noviembrés más fríos que recuerdo. Me salieron sabañones en las orejas y en los dedos.

A media mañana, en aquel cementerio, el cielo era una lámina de estaño, sujeta por árboles quebradizos, a punto de partirse para que se hiciera de noche en cualquier momento —a lo mejor por fin para siempre—. Entre las hojas de los cipreses, las ramas desnudas de las acacias parecían una neblina desprendida de las tumbas y los nichos. Echando vaho por la boca nos acercamos en fila hacia los abuelos y la hermana de Ponzano. Mercedes me miró con un parpadeo, ladeando la cara, como si le costara mucho esfuerzo distinguirme.

—Mi más sentido pésame —dije, como nos había instruido Sorpi.

—Gracias —respondió, con el mismo tono que si dijera: ¡Vete al infierno!

Le estreché la mano, que estaba helada, más que la mía. La otra la tenía apretada en un puño por dentro del bolsillo, tal vez para entrar en calor, tal vez para reprimir la ira. Era mayor que nosotros y eso bastaba para el gesto de desdén, pero me pregunté de dónde habría sacado además la rabia, las visibles ganas de arañarnos a todos la cara, quizá también a sor Pilar, quizá el primero al páter Felipe.

Como era rubia y de ojos azules, no me quedaba otra que enamorarme de golpe y porrazo, aunque en ese mismo instante también me dije que, si tuviera un gramo de cerebro, debería poner pies en polvorosa, tierra por medio, cordilleras y océanos entre ella y yo. A pesar del abrigo remendado, se ve que presentí cuánto dolor iba a entrar, por debajo de la puerta, por la ventana, por las goteras del tejado, en mi pequeña vida arrinconada, llena de agujeros, cristales rotos y maderas podridas, rescatadas de un pecio en alta mar. Su mano fría, como muerta, había apretado la mía con la firmeza del rencor y la pleamar de una marea viva y devastadora, de esas que solo suceden con luna llena o nueva.

Fue un jueves, el 13 de noviembre de 1975. Ponzano había muerto el martes.

Volvimos al colegio a paso de carga, con las monjas repartiendo capones a dos manos cada vez que alguno se salía de la fila, y ateridos de frío, sin ganas de hablar, aunque creo que a todos nos pasaba lo mismo: por mucho esfuerzo que hiciéramos para compadecer a Paco Ponzano, nuestro compañero, no podíamos dejar de pensar en nuestra propia vida.

Era como si el faraón Ponzano se hubiera hecho enterrar en su pirámide, no solo con aquellos fabulosos tesoros de chapas, canicas y cromos, sino también con un minúsculo pedazo de cada uno de nosotros, que pretendía llevarse para siempre al otro mundo, el muy gilipuertas.

Por las noches me acercaba a la ventana y miraba hacia la ciudad inalcanzable. A veces, cuando los demás dormían, me visitaba la Virgen. Llena era de gracia, tenía los pechos redondos y puntiagudos, como bóvedas de basílica, y siempre estaba afónica. Hablaba con acento andaluz, de Málaga, así que pensé que debía de ser la Virgen de la Victoria, patrona de la ciudad. Nunca nadie más se despertó a tiempo de ser testigo de su esplendor. ¿Que si se identificó? No hacía falta, no funciona así: era la Virgen, sin pecado concebida, y no tenía que ir enseñando ningún carnet. Eso se sabía y punto.

—¡Primera vez que me siento en todo el día! —solía ser su saludo, antes de acomodarse en la mesita de noche que compartíamos Ecurín y yo.

Nuestras gafas no sufrieron jamás daño: sus ingravidas

posaderas las atravesaban sin doblarlas ni partirlas, tal y como el rayo de luz traspasa un cristal. Ni a Escurín ni a mí nos habría importado lo más mínimo que las destrozara, pero no pudo ser, puesto que ella era intangible, luminosa y pura.

Le conté a la Virgen que Pardeza volvía de vez en cuando a vernos y ella me advirtió que no me dejara engatusar por cantos de sirena. Después, en lugar de comentarme asuntos celestiales o vaticinar la conversión de Rusia, se interesó por mis problemas con las matemáticas. Al final lanzó un hondo suspiro, se palmeó los muslos y se dejó decir, casi cariñosa:

—Si no fuera por estos ratos, Pedrito.

Era así como acostumbraba a despedirse y sin más se disipaba en el éter, dejando tras de sí un intenso perfume de lavanda.

Aquellas monstruosas gafas, que dejábamos en la mesita para ver si la Virgen las partía en dos, nos habían acercado mucho a Escurín y a mí.

Las gafas fueron como lo demás. Todos los servicios que utilizaban las monjas tenían una característica en común: estaban donde Cristo dio las tres voces. Ellas no acudían a cualquier tienda ni dentista ni fontanero, nada estaba nunca a dos manzanas ni era tan sencillo, porque solo podía tratarse de alguien de confianza, localizado a través de tortuosas recomendaciones en voz baja, uno de los suyos. Se comportaban, tal vez no sin razón, como si pertenecieran a una sociedad secreta al margen de la ley. Hasta el pan lo traían cada día en furgoneta desde una misteriosa tahona cerca de Guadalajara.

Así que fue una expedición y la primera vez que cruzamos la ciudad bajo tierra, atravesando al otro lado de las líneas enemigas. Lo que me asombró y me asustó del me-

tro fue lo cerca que teníamos que ir unos de otros, rozándonos sin parar; nunca había estado a tan poca distancia de desconocidos, a pesar de que Escurín y yo íbamos protegidos entre la voluminosa Sorpi y la vaporosa sor Auxi, alta y delgada como un palo de escoba con faldas. Salimos a la superficie en una estación llamada Pueblo Nuevo, donde permanecía escondido el único oculista en el que aún se podía confiar, el doctor Avellán. No nos llevaron a ninguna óptica ni elegimos modelos ni colores, un mes más tarde llegó al colegio el paquete de cartón con las abominables gafas, que nos fueron instaladas —quizá con ayuda de herramientas, a juzgar por el daño que nos causaron— por el portero, Nicolás, en el mismo cajón de madera en el que nos sentaba para cortarnos el pelo. A los pocos días Sebastián Salazar inauguró la costumbre de zurrarnos a los dos primeros Cuatro Ojos que había en el colegio.

—¡Quítate las gafas, Cuatro Ojos! Yo nunca pego a nadie que lleve las gafas puestas.

Sebas era un infeliz que se había resignado al ingrato papel de matón de patio, lo que le estaba convirtiendo en una acémila, en un pedazo de carne con ojos o en un tonto en vísperas, eso decían las monjas, porque si aún no lo era, lo sería muy pronto, y lo sabíamos todos, aunque también obligaba a Sebas a enunciar con orgullo múltiples y severas reglas de conducta, ya que debían de ser la única estructura moral a su disposición: él nunca pegaba a alguien con gafas, él nunca dormía con las manos debajo de la sábana, él nunca mojaba pan en un huevo frito, él nunca se acostaría con una mujer borracha, cosas así, arbitrarias y disparatadas, con las que se consolaba de esa violencia ciega, también disparatada y arbitraria, que ni siquiera él llegaba a comprender y de la que sin duda se sentía la primera víctima. Fue Sebas Salazar también el que calificó

a nuestras gafas, no sin acierto, de ortopédicas, lo que, por extensión, nos convirtió a Ecurín y a mí en «los ortopédicos», además de Cuatro Ojos. A veces también nos llamaba «ortopedos», una feliz creación de Sebas, eso tengo que admitirlo.

—Acaba de irse, ¿verdad?

Debía de haberle despertado el aroma a lavanda. Llevaba el mismo esquijama que yo, pero Ecurín tenía el blanco de los ojos más grande que haya visto jamás y unas pestañas muy largas y negras, sedosas, demasiado femeninas, como las de las actrices italianas (o algunos camareros portugueses). Volvió a preguntarme si de verdad le había visto las tetas a la Virgen.

—Solo la primera vez, te lo he dicho. Después ya no puedes volver a mirarlas: una fuerza sobrenatural te paraliza.

—Pues mecachis en la mar —reflexionó Ecurín—. Será el respeto.

Estalló de nuevo la tos de perro de Ponzano, que dormía intranquilo y a cada rato le daban calambres.

Ecurín metió dos dedos por el agujero del forro del abrigo y sacó el último cigarrillo que nos quedaba, en realidad medio cigarrillo, que recogíamos del rincón donde Nicolás y su amigo Germán tiraban las colillas, a la puerta de su tabuco. Descalzos, para no despertar a Santos Manrique ni al febril Ponzano, nos acercamos a la ventana. Soplaban ese viento ruidoso que siempre venía de los descampados que nos rodeaban. En aquellas afueras los pájaros volaban como pedradas lanzadas por el viento. Las estrellas eran mucho más grandes que ahora, quizá porque en el barrio del colegio no había entonces alumbrado público. Desde aquella ventana se veía una esquina del parque y el descampado al que a veces nos escapábamos para jugar al

robaterrenos con una navaja o buscar chapas, cascotes, colillas y otros tesoros. Nos emocionaba localizar condones usados y pensar en quiénes habrían hecho porquerías allí, de pie contra una tapia y a todo correr. Para nosotros era lo mismo que ver una cruz al borde de la carretera, señalando el punto exacto en el que alguien había perdido la vida al volante.

—A mi madre le gustaba contar estrellas —aseguró Escurín.

Ni siquiera recordaba la cara de su madre, que murió cuando él tenía dos años, pero por las noches, en aquella ventana con barrotes, inventaba su mirada soñadora y sus costumbres, como la de contar estrellas, y añadía cuando le daba la gana una canción que su madre silbaba mientras hacía para él dibujos en un cuaderno.

El colegio estaba en el edificio adyacente y allí nos juntábamos con chavales que venían de la calle y vivían con sus familias, pero nosotros éramos diferentes. Vivíamos en el Hogar, el internado masculino, con un salón para todos y pequeños dormitorios, cuatro chicos en cada uno.

De nuestros padres sabían más las monjas que nosotros y a veces se les escapaba algo, y así nos enterábamos de si estaban muertos, presos o en paradero desconocido.

De nosotros nadie esperaba nada, ni siquiera nos preguntaban qué queríamos ser de mayores, y ahora sé que aquella era también una forma de libertad. Intensa, amarga como el sabor del fruto de un arbusto, pero una libertad que no he vuelto a conocer nunca.

A los cinco años mi tutela fue entregada al Estado, que imprimió a mi carácter el espesor y la fragilidad de un muro de mampostería en seco, con las piedras colocadas sin argamasa. En nombre de los poderes públicos fue sor Pilar, nuestra querida Sorpi, quien me proporcionó la primera for-

mación, los primeros coscorriones y unas cuantas verdades como puños con las que protegerme de mí mismo. Era gorda, pequeña y con mal genio. Lo único que Sorpi tenía cuadrado eran las gafas, cuyas patillas se incrustaban en sus sienes carnosas. El resto era una gran pelota de grasa que no mediría ni metro y medio, pero que se movía a gran velocidad, como si tuviera ruedas bajo el hábito, cuando había que atizarle un sopapo a alguien —por lo general a Pardeza.

Tampoco yo recordaba el rostro de mis padres, pero sabía que mi madre estaba muerta y mi padre en la cárcel. Las monjas siempre nos decían que no pensáramos en ellos, que intentáramos olvidarlos para no acabar dejados de la mano de Dios. Llevábamos dentro su mala sangre, tirábamos al monte y nos perdíamos con más facilidad que el capuchón de un boli. Nos llamaban botarates, zarramplines, holgazanes, mandrias, cenutrios, pelafustanes, cabezas de chorlito, jenízaros o bestias apocalípticas, llegando en ocasiones al desvarío de calificarnos de perillanes; y nosotros acabamos hablando igual que ellas, con el mismo gusto por un vocabulario sonoro y estrambótico. Debíamos de ser incorregibles, porque nos regañaban por todo. Nos la cargábamos por discutir y por callar, por arrastrar los pies al andar y por cruzar las piernas, por meternos las manos en los bolsillos y por mirar al techo, por levantar la voz y por hablar para el cuello de nuestra camisa, por comer con ansia y por hacer bola; por contemplar las musarañas, por mordernos las uñas, por estornudar o por llevar desatado el cordón de un zapato. Para las monjas éramos un suplicio, una cruz, un sinvivir; no podían quitarnos la vista de encima, ya que no teníamos una sola idea buena, ni otro propósito que el de matarlas a disgustos. Por eso recibíamos capones, bofetadas, castigos, filípicas y sermones, hiciéramos lo que hiciéramos, por más quietos que nos quedáramos. No teníamos arreglo,

estaba en la masa de nuestra oscura sangre. Acabariamos entre rejas, nos advertían las monjas, y cada vez que veíamos un policía nos echábamos a temblar, porque sabíamos que, en cuanto nos descubriera, nos pondría las esposas.

El halo tembloroso de la luna daba frío y Escurín, de tanto imaginar a su madre contando estrellas, tenía los ojos encharcados, y al parpadear se le mojaban las pestañas como un pincel. Cuando se acabó el cigarrillo que compartíamos, cerramos la ventana.

—Cercos de luna, agua segura —vaticinó Escurín.

Luego me enseñó otra vez aquel cuaderno que decía que fue de su madre. En la primera página había un dibujo de dos veleros en el horizonte.

—Mira bien, van en dirección contraria, cada barco para un sitio, y sin embargo a los dos les empuja el mismo viento —se asombraba—. Todo depende de cómo ponga cada uno la vela.

Entonces vi el resplandor rojizo en la mesita de noche de Ponzano.

Esperé mucho rato, oyendo toser en sueños al gilipuer-tas, hasta que Escurín se quedó roque. Me acerqué y cogí la chapa. Dormí con ella apretada en el puño, como hacía Ponzano. A la mañana siguiente llovía a cántaros y, en plena misa, Paco Ponzano se puso malo de verdad. Solo se oía, sin parar, la lluvia sobre el tejado, atravesada de pronto por un grito de Ponzano, que sonaba como un trueno.

«Os perdono a todos», eso había dicho el muy gilipuer-tas.

Nos lo contó Sorpi después del entierro, y a mí me dio rabia haberle devuelto al faraón su dichosa chapa. A nin-

guno nos gustaba Ponzano y por eso nos sobresaltó su muerte. Habría sido mucho más fácil si le hubiéramos querido, pero era un acusica y siempre jugaba sucio, atacando por la espalda. Una vez le clavó a Antón Canicha una chincheta en la nuca. Quería acertar en el bulbo raquídeo, según confesó, pero apenas le hizo sangre. Canicha, aunque era más pequeño, no se chivó de nada, como los héroes. Podía haberle dejado paralítico, según nos advirtió Pardeza con voz solemne. De mí se chivó el gilipueñas por fumar y el páter me golpeó en los nudillos con una regla de madera, siete veces en cada mano. Me había vengado de él, pero, por mucho que se hubiera muerto, se lo tenía merecido.

Al volver al colegio, Sorpi nos echó un sermón sobre «el desdichado Francisco», y parecía que estuviera corrigiendo y pasando a limpio lo que habíamos visto con nuestros propios ojos.

Llevaba días tosiendo como un perro y tiritando dormido, pero Sorpi dijo que le entró de repente, cuando vomitó en la capilla un líquido amarillento o verdoso, y miró alrededor con ojos como platos, y empezó a soltar por esa boca unas palabrotas sobrecogedoras, que nadie sabía a quién se las podría haber oído. Dijo de todo contra muchas monjas y el páter, y también contra varios santos, apóstoles, la hostia consagrada, la Virgen y el Ser Supremo. Se debió de quedar bastante a gusto, pensé yo. El páter Felipe lo sacó a la fuerza del lugar sagrado y luego tuvieron que amarrarlo a la cama del dispensario, con ayuda de Nicolás y hasta de Sebas Salazar (al que, por cierto, se le fue un poco la mano con los puñetazos en los oídos). Se habló de posesión demoníaca o, si no, sería que se había vuelto majareta.

Allí le ponían inyecciones y se quedaba frito, pero en cuanto se despertaba volvía a la carga contra lo más sagrado y también contra la comida del colegio y contra ciertas

monjas, sobre todo la etérea y longitudinal sor Auxi, no se sabe por qué. Era como una obsesión, nos dijo Sorpi, esférica y espesa, y tan bajita como cualquiera de nosotros. Algo habíamos oído de sor Auxi, pero no soltamos prenda. Decían que en los recreos obligaba a los castigados a tocarle los pechos y les hacía cosas, pero yo nunca tuve tanta suerte. Ponzano no dejaba de insultarla, siempre a grito limpio, se oía en el colegio entero, sobre todo por las noches. Es verdad que muchas veces le castigaba en el recreo a quedarse con ella en Secretaría, pero eso lo hacía también con Santos Manrique y hasta con Pardeza, cuando aún estaba con nosotros. Por otro lado el gilipueñas también se despachó a gusto con Sorpi, sor Alegría y hasta sor Águeda, que era una monja que iba por las maternidades rescatando a los bebés desamparados y por eso siempre llevaba un cuaderno con tapas de hule negro.

A los dos días dejamos de oírle. Ahora murmuraba cosas sin sentido y no veía ni torta; iba a dejar en la mesita de noche un vaso de agua y ponía la mano en otro sitio, y estampaba sin querer el vaso contra el suelo de baldosas. El páter le confesó y le dio los óleos con una amplia sonrisa sacramental que daba mucho miedo. También vino un médico misterioso y de toda confianza, que las monjas trajeron desde algún lugar remoto, un tipo muy delgado, con un maletín negro. Tenía un bigote que era una línea recta y ojos medio cerrados, como si estuviera siempre poniendo atención a una sola cosa cada vez, sin ver nada más alrededor. Dijo que había que poner a Ponzano «en aislamiento», eso lo oyó Santos Manrique. Así que se quedó solo y a partir de ese momento Sorpi fue la única persona que entraba en el dispensario.

Sorpi nos informó de que los gritos fueron delirios y que, cuando se confesó, pidió perdón, con lágrimas en

los ojos, a todas las sagradas personas, eucaristías, padres de la Iglesia, religiosas y particulares a quienes había ofendido sin mala voluntad, porque era la fiebre la que hablaba por aquella boca. Nos dijo que estuviéramos tranquilos, que ella tenía constancia de que, en ese mismo momento, «nuestro querido Francisco» ya estaba en presencia del Padre. No se refería a su padre, que había sido fusilado por terrorista, ni al páter Felipe, sino a Dios Padre, lo que nos hizo acoger la noticia con bastante escepticismo. La verdad, dudábamos mucho que Dios Padre disfrutara de la compañía de Ponzano, que siempre le había puesto de hoja de perejil, con fiebre o sin ella. Además, si al final Ponzano iba al cielo, ¿no sería mucho mejor ir al infierno?

Me di cuenta de que yo, por el feo asunto de la chapa de Cinzano, igual ya estaba condenado, pero no me importó gran cosa, la verdad sea dicha.

Cuando murió aquel martes estaba solo. Sorpi nos dijo que había salido a empapar en agua una venda, porque le ardía la frente, y cuando volvió a entrar ya no había nada que hacer.

Pero antes le confió sus últimas palabras, nos reveló Sorpi, conmovida, y fue cuando se le ocurrió soltar aquella patochada: «Os perdono a todos».

—Será gilipuertas —dijo Ecurín.

—Lo que nos faltaba para el duro —añadió Santos Manrique.

A nadie le hizo gracia y al que menos a Sebas Salazar:

—Le parto el alma, como se le ocurra al gilipuertas perdonarme os juro que le parto el alma —anunció con vehemencia.

¿Qué se había creído? Esa era la pregunta que todos nos hacíamos.

—Quítate las gafas, ortopédico —exigió Sebas, sin venir a cuento, solo porque necesitaba desahogarse.

Se lo había dicho a Ecurín, pero yo también me las quité.

—Péganos a los dos, Salazar, por el mismo precio —le propuse.

Así de amigos éramos Ecurín y yo.

Sebas no se hizo de rogar, nos llamó ortopedos y le lanzó un puñetazo en la mandíbula a Ecurín, y acto seguido otro a mí, en plena boca. A mí me salió bastante sangre, porque me partió el labio, y Nicolás, el portero, me cortó la hemorragia con el agua fría de la manguera. A Ecurín le apareció un hermoso hematoma al día siguiente. Nadie se chivó de nada, nosotros éramos así —menos el gilipueñas acusica.

Tuvimos que rezar bastante esos días, no solo por la salvación de Ponzano, sino también por la vida de Franco, que estaba agonizando sin lograr morirse nunca, y como de costumbre por la conversión de Rusia.

Al final, el Caudillo murió a los pocos días y aún debe de andar por el amplio cielo, haciendo la redondilla con la chapa de Ponzano, los dos juntos.

También por eso me arrepentía de haberle devuelto la chapa, porque se la había llevado al triste y espacioso cielo, donde yo ya no pensaba ir. Quería arañar el yeso con las uñas, desenladrillar, apartar la tierra hasta encontrar la dichosa chapa roja y devolverla al mundo de los vivos, a mi bolsillo, y dejar solo a Ponzano en su caja cerrada con llave, con un palmo de narices, hecho un gilipueñas hasta la consumación de los tiempos.

Cuando volvimos a nuestro dormitorio, se habían llevado su cama y su colchón. Y todas sus cosas, que tampoco eran tantas: ninguno teníamos casi nada.

Escurín, Santos Manrique y yo no podíamos dormir: estábamos demasiado enfadados.

¿Que Ponzano nos perdonaba a todos? ¡Ponzano! ¡Valiente mamarracho! Vamos a ver, ¿y con qué derecho nos perdonaba? ¿Por una simple chapa? ¡Pues ya tenía su dichosa chapa para toda la eternidad! Y dos docenas de crisantemos de regalo.

Tal y como yo lo veía, lo único que le di en mi vida a Ponzano fue aquella flor. Lo único que le quité (pero luego le devolví *post mortem*) fue una chapa de Cinzano. A mí me parecía que estábamos en paz y no había nada que perdonar.

Santos Manrique se mordía sin parar las uñas y se arrepentía de haber arrojado a la tumba el cromo de Netzer, que no salía nunca. ¿Para qué le iba a servir a Ponzano en el reino de los cielos?

Escurín presumía de no haber puesto nada en la fosa, salvo el reglamentario crisantemo, y nos preguntaba si ahora, solo por morirse, resultaba que Ponzano iba a ser un chaval de campeonato, cuando siempre había sido un gilipuertas.

—No digas eso, tenemos que respetarle —se asustó Santos Manrique, que era bastante timorato, pero solo consiguió envalentonar a Escurín.

—Pues lo repito: es un gilipuertas. Y a burro muerto, la cebada al rabo —añadió enigmáticamente, porque sabía tantos refranes como cualquier monja.

—La muerte te cambia mucho —sentenció Manrique.

—¡Naranjas! Solo será un gilipuertas muerto.

—Es una experiencia que te hace distinto, ya verás, uno cambia después de morirse. Aprendes a valorar las cosas que de verdad importan.

Así estaban, Escurín en sus trece y Manrique mirando

la armadura metálica de la cama y diciendo que a él, de todas formas, le daba un poco de pena. Por mi parte, seguía muy enfadado con Ponzano, no solo por morirse, sino por la desfachatez de perdonarnos a todos. Eso en cambio yo no se lo pensaba perdonar nunca.

Cuando Manrique se había dormido, Escurín me preguntó en voz baja:

—¿Sigues sin volver?

Qué bien me conocía: a mí lo que me fastidiaba era que, desde lo de Ponzano, la Virgen no se me había vuelto a aparecer.

Ahora me doy cuenta: para cualquiera con vida, lo único irremediable —y lo único verdadero— es la infancia. Ni los más pobres carecen de ella. Por eso la infancia se parece tanto a la muerte, a todos nos alcanza algún día. Siempre está ahí, inalterable, irreversible, desconocida y esperándonos a cada uno de nosotros, que no sabemos con qué nos encontraremos al mirar atrás y volver a nuestro pasado.

A mí —también ahora me doy cuenta— me sigue esperando el cadáver espantoso de Paco Ponzano, con la boca todavía abierta, empeñado en decirme algo que nunca he querido escuchar.

De traje y corbata, recorrían el colegio y registraban los baños, la cocina, el comedor, el dispensario y hasta los dormitorios. Hacían preguntas sorprendentes: cada cuánto tiempo se cambiaban las sábanas, qué jabón usábamos, si pelábamos o no la fruta, si alguno había vomitado, se había hecho pis o tenía una herida abierta. Lo apuntaban todo como si

fueran a repasarlo después, atando cabos bajo la luz de un flexo. Lo más asombroso fue la reacción de las monjas (y del propio páter): estaban asustadas. Era algo nunca visto, aquellas pasteleras monjas eran capaces de cualquier sentimiento, de la ira a la compasión, del servilismo a la soberbia, pero ante nada de este mundo —ni del otro— las creíamos capaces de sentir miedo, ni siquiera frente a la policía o unos atracadores, ni siquiera en el metro o si hubiera un terremoto. En virtud de esa antipática autoridad que se atribuían, ellas siempre se encontraban a salvo —o en manos de Dios, que viene a ser lo mismo—. Así que su miedo nos alarmó, pero solo duró un par de días. Al final cerraron el dispensario y se llevaron a los dos pequeños que tosían mucho, Antón Canicha y Mateo Borrallo. Desaparecieron sin más.

Sin embargo, saber que había algo capaz de pulverizar la sensación de impunidad de las monjas resultaba reconfortante. Que ese algo fueran dos inofensivos señores con traje gris se convirtió para mí en un misterio impenetrable pero instructivo, y que contenía, por pequeña que fuera, una esperanza desconocida.

En cuanto desaparecieron, las monjas volvieron a la carga y nada había cambiado. Pusieron otro colchón y a un chico nuevo en nuestro dormitorio, Carlos Cenitagoya, que pasó las tres primeras noches llorando. A pesar de ese apellido con una rima tan fácil, nadie se metió con él durante esos tres días, ni siquiera Sebas: a todos nos había pasado. También yo había derramado lágrimas calientes sobre la almohada la primera noche que dormí fuera de una casa que, a los pocos meses, ya no recordaba; lejos de unos padres cuyos rostros no reconocería si me los encontrara por la calle.

Que se muriera Franco a mí me hizo ilusión porque me gustaban (y aún me gustan) los grandes acontecimien-

tos: explosiones, atentados, guerras y que se mueran presidentes o reyes. Lo pasé estupendamente cuando Carrero Blanco, el almirante, subió a los cielos en su Dodge Dart y las monjas hicieron acopio de provisiones, porque iba a estallar la guerra. Me divertía ver a los mayores ante un gran acontecimiento. Se sentían mejores personas si les conmovía un choque de trenes; más inteligentes, si les preocupaban las consecuencias de la muerte de un jefe de Estado; más humanitarios, si se indignaban ante una hambruna en África. Que pasaran cosas muy gordas, a nosotros nos entretenía y a los mayores les daba la oportunidad de demostrar de qué pasta estaban hechos, así como la de hablar con tono grave e intimidatorio. Desde entonces, siempre he sido partidario de lo que luego se ha llamado la «alarma social»: de no ser por ella, nos desmayaríamos de aburrimiento, porque lo que de verdad hace insufrible la vida, esta vida, no es el dolor ni la desdicha, sino que todos los días haya que volver a hacer la cama. Todos los días, uno detrás de otro.

Las monjas también consiguieron asustarse cuando murió Franco, pero no era aquel temor verdadero que les inspiraron los hombres anodinos y amables del traje gris, sino todo lo contrario: una forma de entusiasmo. Estaban deseando que llegara el acabose, que las hordas quemaran iglesias y pegaran tiros, y así ellas pudieran ser torturadas y violadas, ya que su orden, las hermanas de la Sagrada Familia, la Safa, la verdad es que no andaba muy sobrada de religiosas mártires. A nosotros, tengo que admitirlo, el acabose también nos parecía un panorama fabuloso —incluyendo el martirio y la violación de las monjas.

Tras su muerte, Franco empezó a cambiar mucho, como afirmaba Santos que nos pasa a todo el mundo. Un día vino Pardeza y le llamó «el dictador», y nos habló de la amnistía y de la libertad. Como en el colegio éramos tantos los que

teníamos padres entre rejas, nos declaramos a favor de la amnistía total e instantánea. El asunto de la libertad resultaba más enrevesado.

—Libertad ¿para qué? —le preguntábamos a Pardeza, pero nunca nos contestaba con algo que de verdad valiera la pena, como el acabose, sino que hablaba de partidos políticos y democracia.

Tenía entonces doce años, acababa de cumplirlos el 22 de septiembre, y las navidades siempre me ponían triste, todavía no sabía por qué —hasta que me lo explicó Pardeza, igual que me había enseñado a atarme los cordones de los zapatos—. Ese año no nevó y los Reyes no me trajeron nada de lo que les había pedido: ni el Madelman ni los prismáticos. Tampoco trajeron una tele para el Hogar, sino una colección de libros. Me los leí todos, uno detrás de otro, lo que me hizo mucho más ortopédico a los ojos de Sebas Salazar: Sherlock Holmes, Salgari, Stevenson, Dickens, Dumas, Allan Poe..., cuento y no acabo. Por eso, más que la democracia y los partidos políticos, a mí lo que me interesaba era la libertad para participar en expediciones polares, para investigar crímenes o para enrolarme en una tripulación pirata y llevarnos a Mompracem a la Perla de Labuán, que yo identificaba con Mercedes, la hermana de Ponzano.

Y para mí lo sigue siendo, también ahora, mientras escribo estas líneas.

Cuando había perdido toda esperanza y Escurín había dejado de preguntarme, volvió la Virgen.

Me asombró que estuviera vestida de calle, sin túnicas ni nada. Se sentó en la mesita de noche, sobre nuestras irrompibles gafas, por primera vez en todo el día, según afirmó. Llevaba una blusa blanca muy desabrochada y una falda demasiado corta de cuadros escoceses.